

ño, á pesar de su solícitud en escribir con elegancia? Si fuera este el único borrón galicano de sus apreciables escritos, se le podía pasar, pero son hartos los que los afean deshonestamente. Yo no acierto á entender cómo escritor de esa laya merecía los elogios de castizo que en su tiempo le tributaron.



XI

NEAN.—Bendito sea Dios, que trajo al mundo literario un crítico de firme péñola, cual le habíamos menester, para desterrar abusos de prosa y poesía. En medio de tanto desastre, vino como bajado de las nubes el insigne Valbuena. Consuelo nos queda en la pluma del moderno escritor de los *Ripios*. Este admirado censor se ha coronado de gloria imperecedera. Notable prestigio ha conseguido.

GAM.—Haz conciencia, hijo, de pronunciar esa palabra *prestigio*, que es propia de brujos ó nigrománticos. Ahí tienes las voces *autoridad, influencia, fama, crédito, renombre, poderío*, y otras que son más adecuadas al concepto. En todo el siglo xvii, ya se dijo antes, no hay ejemplo del *prestigio* afrancesado; á Francia le deben los que le usan. ¿Qué opina v. m., D. Geroncio, de la corona que nuestro Neanisco ha plantado en la cabeza del célebre Ripista?

GER.—La prueba más evidente de la degeneración del lenguaje véola yo en lo que ha pasado con los opúsculos de Valbuena.

NEAN.—¡Qué manera de tundir el paño, santos cielos! ¡Qué modo de batir el cobre! ¡Qué arte de sacar á la vergüenza la trapería sucia! ¡Y qué estercolada nos la mostró! ¡Oh ignominia!

GER.—Otra ignominia tengo yo por más deplorable. La ignominia del silencio.

NEAN.—¿Silencio? No sé yo de libro alguno que metiera en años pasados tanta barahunda como los *Ripios* de Valbuena, á quien incensaron con aclamaciones de peregrino ingenio, de insigne maestro, de romancista atildado, de castizo escritor, de crítico sin par, de modelo acabadísimo de lengua castellana, siquiera no faltasen quienes hiciesen chunga de su crítica y de su lenguaje, como él la hacía de los *ripios* ajenos.

GAM.—Con todo eso, me arrimo yo al parecer de D. Geroncio acerca del silencio que tocante á los *Ripios* de Valbuena se guardó. ¿Faltábales tal vez qué decir á los censurados contra el censor, que echaba piernas de romancista á diestro y siniestro? Mas que fuese verdad que ellos desbarraban á tiro largo, ¿era, por ventura, él algún maestrizo de romance fino, hombrón de pluma acicalada? No, sino hijo de vecino, galicista como otro cualquiera dedicado al baratillo del francés.

NEAN.—¿Galicista el Sr. Valbuena? ¿Cómo se entiende? Un crítico de tantas campanillas, que se las hubo con escritores de marca, instruido en autos había de estar para dar sentencia, de arte que ninguno le pudiera tildar de escritor de media braga, si acaso le cogían, como á perro entre puertas, con faltas de castellano. Por eso descansaba yo en él, cual si en sus *Ripios* tuviésemos unas Indias, un Potosí, unas Californias de oro puro. Pronunciar tú contra él en cerro, ¡paréceme mucho; ¿por qué no detallas?

GAM.—¡Hombre! ¿*Detallas*, dices? También lo dijo Valbuena (Fe de erratas, pág. 108), con ser galicismo muy charro. Si tanto porfías en oír algunos más, sólo te apuntaré los que á mí me hicieron gran choz. «Ahora sí que ya no *me extraña* que llamas antes ancho al sol» (R. Vulg., 2.^a ed., pág. 139); «*tener en cuenta*» (Fe de err., t. I, pág. 106); «*tener el honor*» (Fe de err., t. I, pág. 215); «*fijarse en la definición*» (Fe de err., t. I, pág. 206); «*echárselas de órgano de la aristocracia*» (Aristocr., 5.^a ed., pág. 159); «*cuidado que los he visto malos*» (Ultramar, M. 1.^o, pág. 167); «*confeccionar artículos*» (Aristocrát., p. 260); «*de un verde bastante pronunciado*» (Ultramar. M. 1.^o, pág. 38); «*mañana, á las nueve y media de la misma, se verificará el entierro*» (Des-Tr., lit., pág. 247); «*de ser aprobado...*, llegará á las doce de la tarde» (Des-Tr., lit., pág. 257); «*la Academia*

es una corporación *imbécil*» (Fe de err., t. 4, pág. 83); «ya se *comprende* que D. Antonio, de ser río, iría siempre turbio» (Rip. Vulg., 2.^a ed., pág. 107); «con *objeto* de que se la pueda dar movimiento» (Destr. Lit., pág. 142); «*aparte de que* eso de romper lanzas» (Rip. Vulg., 2.^a ed., pág. 185); «pasan casi inadvertidas *ante* la belleza» (R. Arist., 5.^a ed., pág. 181). Sería fatigar tu atención, Neanisco, si quisiera yo presentarte todos los galicismos, incorrecciones y lunares de Valbuena en sus tan afamados *Ripios*, donde nos ahita con tanto ripio de antañadas francesas, que le hacen merecedor de escupir en corro con los galiparleros más encopetados.

GER.—Aquí viene lo dicho antes del silencio. ¿Quién motejó de no castellano ni calabaza lo escrito por Valbuena? ¿Qué buenas narices percibieron el fárrago francés? ¿Quién dió su merecida repasata al cetrino escritor por el gusto estragado de galiparlar? ¿Quién le notó de medianamente tinturado en romance castizo? ¿No me responderás á estas preguntas?

NEAN.—Cierto, ni los habladores de tapadillo ni los escritores jornaleros mostraron á la publicidad esos defectos de locución, tal vez porque todos ellos andan hoy besando las manos á los autores franceses, sin tomar parte en la lectura de los clásicos españoles, á los cuales son refractarios no pocos.

GAM.—Oye, hijo, ese *tomar parte* y esos re-

fractarios son de Valbuena (Fe de erratas, t. 4, págs. 36, 84), galicismos crudos. En la obri-lla, t. 1.^o, *Prólogo*, advierte, Neanisco, qué entrada hace, pág. 2.^a: «Cuando empecé á escribir los—artículos que se forman,—pensaba no fueran tantos—ni creía que hicieran—tanto bien, ni que alcanzaran—tan unánime favor—del público. Comenzaron—por despertar en personas—ilustradas, etc., etc.» Ocho versos octoslabos en cinco renglones de prosa, sólo suprimido un simple *que*. Esto digo, para que veas si deja mucho que desear la crítica del campaneado romancista.

GER.—Déjale en paz, hijo. Los modernos se bañan en agua rosada cuando nos espetan un castellano que avergonzaría al más guedejudo batueco del siglo de oro. Pero andad vosotros á persuadirles que si entienden á media rienda el romance, á toda rienda se descomponen con él cuando son patentes las crujías que le hacen pasar al volteo de sus inexpertas plumas. Me dirás: Si no leen otra cosa que barbarismos y galicismos, ¿cómo no se les ha de pegar lo que leen? No me salgáis con esa pata de gallo, que es pura impertinencia. ¿Por qué no se aprovechan de los buenos libros? ¿Cómo no estudian las frases clásicas? ¿Es, por ventura, tan insuperable como eso la dificultad de distinguir los galicismos, pues no falta un Baralt y otros que los señalen con el dedo para que se conozcan? Conocidos, ¿es milagrosa empresa el excusar-

los, ya que con sólo borrar unas palabras y poner otras quedan desterrados? Una vez desterrados, ¿tan costosa labor será el enriquecer el escrito con frases clásicas, pues ahí están muertas de risa, á la merced de quienquiera que guste de aprovecharlas? Aprovechadas, ¿no tendríamos fenecido poco á poco el lenguaje bárbaro que nos deshonra?

GAM.—Yo no sé, D. Geroncio, si el tirar la barra de la censura tan lejos, como v. m. hace, será hoy una suerte de desbarrar. Porque con el lenguaje moderno no valen cortapisas. Escribir y hablar á la moderna es de pura necesidad. Nunca los modernos darán cuartel al lenguaje antiguo. ¿No echamos de ver en este mozo de Neanisco, que no sabe lo que se dice cuando suelta la maldita, no obstante su buen deseo de cortar decentemente el castellano? Apenas abre la boca que no eche sapos y culebras.

NEAN.—Amiguito, yo hablo al uso, no me pidas milagros. Yo oigo ponderar como adelante y progreso el habla moderna, como insulsez el habla antigua. Esta frase, dicen, no se usa, es cáscara de Granada; este giro es pelo de León; esta palabra, basura de Corral; este dicho, agudeza de Polo; esta locución, asquerosidad de Cáncer; esta construcción, traza de Torres; esta sentencia, trozo de Mármol; este término, tizne de Calderón; este modismo, humor de Laguna; esta acepción, fruto de la Vega; todo

esto huele á sexcentista: tales son las calificaciones de los modernos. A cuyos juicios, ¿quién ha de resistir, pues todos vamos tras ellos á la deshilada, aunque á algunos nos repugnen?

GAM.—Ese *repugnen* no viene á pelo, hijo, porque *repugnar* no es *disgustar*, ni *hacer asco*, ni *causar aversión*, sino *contradecir*, *contrarrestar*, *hacer punta*. Del *repugner* francés han hecho los modernos un *repugnar* de acepción diversa de la clásica y castiza. Basta consultar el Diccionario de Autoridades para convencerte de ello.

GER.—A ese tono, hijos míos, se ha fraguado lo que llaman lenguaje moderno, sin apenas resabio del antiguo. Los verbos *organizar*, *realizar*, *iniciar*, *arreglar*, *aparecer*, *distinguir*, *resultar*, *acaparar*, *abordar*, *acentuar*, *confeccionar*, *atacar*, *fijarse*, *prestarse*, *tomarse* y otros sin cuento, ó perdieron su castiza significación, ó tomaron la francesa; los nombres *mira*, *medida*, *mayoría*, *órgano*, *prevención*, *capacidad*, *eminencia*, *éxito*, *exigencia*, *cuestión*, *sentido*, *tacto*, *aplomo*, *iniciativa*, *moción*, *carácter*, *palabra*, *cifra*, *unción* y otros muchos, recomendados por el galicista Salvá en su Gramática, han variado de acepción, tomando la francesa, de arte que no los conocería la madre que los parió; pero las voces *rango*, *fustigar*, *mixtificación*, *funcionario*, *finanza*, *detallar*, *detalle*, *chicana*, *avalancha*, *coaligarse*. etc., son totalmen-

te nuevas en castellano, es á saber, propiamente francesas, aplicadas sin ton ni son á nuestro romance. De balde Baralt se empeñó en condenar ese uso vicioso, que tan mal dice con el castizo. El lenguaje moderno había de prevalecer sin remedio, á todo trance; tanto, que el escritor que no admita la moderna jerigonza será tenido por impertinente, por vejestorio, por importuno resucitador de antañadas. Nada digamos de las frases legítimas. Las más de ellas ya no se permiten al estilo grave, aunque en tiempos mejores le fueran muy propias: la *ilustración* moderna no las sufre. Así, el *ir á la mano*, el *no saber uno lo que trae entre manos*, el *estar con las manos en la masa*, el *salir uno del paso*, el *asentar uno el paso*, el *apretar el paso*, el *tener los ojos clavados en el suelo*, el *venirse á los ojos una cosa*, el *andar uno con cien ojos*, el *atar uno bien su dedo* y otros muchos modos de decir, lindos y clásicos, ya no pueden hoy caber en estilo serio, porque la delicadeza de los tiquis miquis recientes los califica de familiares, indignos de la gravedad española, por más que los clásicos hombrones, de más seso que los actuales, los recibieran con cariñoso regocijo.

GAM.—No me admiro yo, según eso, de que nos den á comer tanta bazofia con aire de quijotesca presunción. Quijotesca digo, no porque los estime yo remedos del *Quijote* cuanto al estilo y lenguaje, sino antes remiendos viles

del francés, cortados por el aparatoso frenesí del Caballero Andante, que á título de *desfacer* tuertos, los *facia* enormísimos. ¿Queremos alguna muestra? Ahí va. «Fué parte también *en* que nos pareciese tan *pronunciado* el lirismo del Sr. Madrazo, su *entusiasta* manera de leer el discurso, casi con ritmo y entonación de poesía, y con voz sonora y *simpática*, que le *prestaban* singularísimo *encanto*.» ¿Ha visto v. m. cosa más insulsa, con no ser rana el escritor?

GER.—Sí, más insulsa es aún ésta, de otro casi lagarto: «Ella hace *transigir* á su amor con su soberbia, que se rebela *ante* la idea de que en la perla del Océano, donde no están familiarizados con la *idea* de que Marcela tiene un palacio, y un título, y una grandeza de España, y sesenta mil duros de renta, más bien que por la Marquesa de Villarana la conocieran por la querida del tahir madrileño, y él se alegra también de que no mire tan de cerca y en tan reducido círculo su desvergüenza aquella hermosa mina que tiene en explotación, por si en un momento de pudor pudiera ocultarle para siempre los filones.» Dieziseiete asonantes en *ea* son cosa de chicha y nabo en comparación del endiablado sentido, del quijotesco lenguaje, del soez estilo, y cuidado que yo sólo trasladé la mitad del período.

NEAN.—¿Cómo es la gracia de ese autor?

GER.—Si preguntaras por la desgracia, te